

## JUBILEO DE LOS COMUNICADORES

*Catedral de La Habana, 4 de junio del 2000*

Queridos hermanos y hermanas, queridos comunicadores:

La fiesta de la Ascensión del Señor está marcada por la aparente partida de Jesús, quien después de su resurrección se aparece en distintas ocasiones a sus discípulos, hasta una última ocasión donde parece ascender hacia el horizonte y es cubierto por una nube que lo oculta a los ojos de sus seguidores.

La narración está cargada de simbolismo, tal y como San Lucas nos la propone en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Él nos quiere decir: Esta será la última aparición de Jesús resucitado, de ahora en adelante, una nube lo ocultará a sus discípulos que van a vivir de la fe en Él. Se inicia la era de Cristo vivo en el corazón de sus seguidores y en la Iglesia. Por esto, aquellos dos hombres vestidos de blanco que se presentan al final de la escena traen con su voz y su palabra, a la realidad de esta tierra, a aquellos extasiados hombres de Galilea que se quedaron con la mirada perdida en lo alto, tratando de captar la figura de Jesús que una nube les ocultaba: ¿qué hacen ustedes ahí plantados, mirando al cielo? Esa es la palabra clave del texto de San Lucas. Los que siguieron a Jesús, los que son de Él, no integran una comunidad humana desentendida de esta tierra, con sus bellezas y sus angustias; deben saber que el Jesús que parece alejarse ha dejado una huella viva en la historia de los hombres y nos hallaremos un día cara a cara con él y nos preguntará por esta tierra y por nuestra capacidad para descubrir sus trazos sagrados de redentor sufriente en el pobre, el hambriento, el preso, el marginado.

Todos quisiéramos ser sorprendidos, en esa ocasión, por las definitivas palabras de consuelo, las que concilian en una realidad feliz y eterna la justicia y el amor: «Ven conmigo, bendito de mi Padre, porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estuve desnudo y me vestiste... 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber, cuándo estuviste desnudo, preso o enfermo y te asistimos?' Cada vez que ustedes lo hicieron a uno de esos pobres, a mí me lo hicieron».

Ningún cristiano puede quedarse plantado mirando al cielo, porque Cristo, misteriosamente, sigue identificándose, en medio de nosotros, con cada hombre o mujer que sufre en su cuerpo o en su espíritu. Los cristianos son hombres y mujeres con una tarea que les es encomendada por su Señor. Y esa tarea no es solo confiada a aquellos que fueron testigos en Galilea y en Jerusalén de las palabras y acciones de Jesús. La ascensión del Señor va precedida de un envío misionero claro, preciso, que Jesús proclama antes de desaparecer de la mirada de sus apóstoles: «Vayan al mundo entero y proclamen el Evangelio a toda la creación; el que crea y se bautice, se salvará».

San Marcos, en su estilo periodístico, concluye su Evangelio diciendo escuetamente: «El Señor Jesús, después de hablarles, ascendió al cielo...». Y cierra su relato con una frase que confirma el cumplimiento de lo que Jesús había ordenado: «Ellos fueron y proclamaron el Evangelio por todas partes». Ha habido, pues, y habrá millones de multiplicadores, transformados así en verdaderos comunicadores del evento salvador: Jesús a quien clavaron en el madero ha resucitado, es el Señor.

Ese es el mensaje que ha llegado a muchas generaciones de seres humanos y que ha lanzado a las tareas del amor, del servicio, de la misericordia a millones de cristianos a través de los siglos.

Son aquellos que oyeron el anuncio de la religión de un Dios hecho hombre, Jesucristo, no de un Dios que se busca en el cielo frío y distante, sino que se hace pobre con los pobres y sufre como un malhechor, como un marginado o un subversivo, la muerte de Cruz. Este Dios-hombre anonadado,

que triunfa del mal y de la muerte, por su resurrección, pone también la certeza del triunfo del amor en el corazón del hombre y engendra la esperanza.

Esto lo anunciaron los apóstoles y lo debe anunciar cada cristiano y toda la Iglesia, en todo lugar y en todos los tiempos. Por eso, el día de la Ascensión del Señor ha sido escogido como el día de las comunicaciones sociales en la Iglesia y hoy, en este Año Santo Jubilar, ha sido el día señalado para el Jubileo de los comunicadores.

El anuncio de Jesucristo Salvador lo ha hecho y lo debe seguir haciendo la Iglesia de persona a persona. Es irremplazable ese modo de comunicar el mensaje sobre el Hijo de Dios hecho hombre. Pero, desde los mismos evangelistas hasta los misioneros de hoy, la palabra escrita es un medio de comunicación que asegura la permanencia del mensaje. El surgimiento de la imprenta y su progresiva transformación por las técnicas nuevas hacen de la palabra escrita un medio privilegiado para dar a conocer el mensaje cristiano con sus implicaciones sociales, psicológicas, humanas y sus exigencias éticas. La aparición de la radio, que puede penetrar en los hogares, acompañar al conductor de un vehículo o a un simple caminante, crea posibilidades nuevas a la comunicación del mensaje cristiano. La imagen, con el cine y, sobre todo, con la televisión, entra en forma cautivante en la vida de las personas y de las familias.

Los medios de comunicación, sobre todo, los audiovisuales, por su fuerza de impacto, pueden ayudar a afianzar valores o a resquebrajarlos. En el Mensaje del Papa Juan Pablo II para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, el Santo Padre insiste en que los medios de comunicación modernos deben ser empleados también para el anuncio de Jesucristo y la promoción de los valores cristianos en el mundo de hoy.

Escuchemos las palabras del Papa en su mensaje para este día: «El tema de la trigésima cuarta Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 'Anunciar a Cristo en los Medios de Comunicación Social al alba del Tercer Milenio', nos invita a mirar hacia delante, considerando los desafíos que nos esperan, y también a mirar hacia el pasado, recordando el nacimiento del cristianismo, para tomar de esos orígenes la luz y el valor que necesitamos. El centro del mensaje que proclamamos es siempre Jesús mismo. 'Ante Él se sitúa la historia humana entera: nuestro hoy y el futuro del mundo son iluminados por su presencia' (*Incarnationis mysterium*, 1).

Lo primero y más importante es que los discípulos anunciaron a Cristo como respuesta al mandato que Él les había dado. Antes de ascender al Cielo dijo a los Apóstoles: 'Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra' (*Hch* 4, 13). Ellos respondieron rápida y generosamente.

Continúa más adelante diciendo el Papa:

Es obvio que las circunstancias han cambiado profundamente en dos milenios. Y sin embargo permanece inalterable la necesidad de anunciar a Cristo. El deber de dar testimonio de la muerte y la resurrección de Jesús y de su presencia salvífica en nuestras vidas es tan real y apremiante como el de los primeros discípulos. Aunque el Papa reconoce las formas tradicionales de sembrar la Palabra de Dios, sostiene que, al mismo tiempo, debe realizarse hoy una proclamación en y a través de los medios de comunicación social. Cita entonces al Papa Pablo VI: 'La Iglesia se sentiría culpable ante el Señor si no utilizara estos poderosos medios' (Papa Pablo VI, «*Evangelii nuntiandi*» 45).

Por esto, la Iglesia no cesa de reclamar el espacio que le es debido, en razón de su misión, en los medios de comunicación social. Este es un tema que he tratado varias veces al referirme a las posibilidades evangelizadoras de la Iglesia en Cuba. Este espacio es tan necesario como el respeto por la religiosidad y las convicciones morales de la gente.

Jesús enseñaba que la comunicación es un acto moral. Dice el Maestro: «De la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas; y el hombre malo, del tesoro malo saca cosas malas. Os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado» (*Mt* 12, 34-37). Jesús criticaba severamente a quienes escandalizaran a los «pequeños», y aseguraba que a quien lo hiciera «era mejor que le pusieran al cuello una piedra y lo echaran al mar» (*Mc* 9, 42; cf. *Mt* 18, 6; *Lc* 17, 2). Era completamente sincero; un hombre de quien se podía decir que «en su boca no se halló engaño», y también: «al ser insultado, no respondía con insultos, al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia» (*1 P* 2, 22-23). Insistía en la sinceridad y en la veracidad de los demás, al mismo tiempo que condenaba la hipocresía, la inmoralidad y cualquier forma de comunicación que fuera torcida y perversa: «Sea vuestro lenguaje: “Sí, sí”; “no, no”, pues lo que pasa de ahí viene del maligno» (*Mt* 5, 37).

Jesús es el modelo y el criterio de nuestra comunicación. Para quienes están implicados en la comunicación social, responsables de la política, comunicadores profesionales, usuarios, sea cual sea el papel que desempeñen, la conclusión es clara: y lo dice San Pablo: «Por tanto, desechando la mentira, hablad con verdad cada cual con su prójimo, pues somos miembros los unos de los otros. (...) No salga de vuestra boca palabra dañosa, sino la que sea conveniente para edificar según la necesidad y hacer el bien a los que os escuchen» (*Ef* 4, 25. 29). Servir a la persona humana, construir una comunidad humana fundada en la solidaridad, en la justicia y en el amor, y decir la verdad sobre la vida humana y su plenitud final en Dios han sido, son y seguirán ocupando el centro de la ética en los medios de comunicación.

Tomo del documento «Ética en las comunicaciones sociales», emitido por el Pontificio Consejo para las comunicaciones sociales, con ocasión de esta jornada, algunas precisiones que me parecen importantes. Dice ese documento:

El uso que la gente hace de los medios de comunicación social puede producir efectos positivos o negativos. Aunque se dice comúnmente que en los medios de comunicación social «cabe de todo», no son fuerzas ciegas de la naturaleza fuera del control del hombre.

La Iglesia asume los medios de comunicación social con una actitud fundamentalmente positiva y estimulante. No se limita simplemente a pronunciar juicios y condenas; por el contrario, considera que estos instrumentos no solo son productos del ingenio humano, sino también grandes dones de Dios y verdaderos signos de los tiempos (cf. *Inter mirifica*, 1; *Evangelií nuntiandi*, 45; *Redemptoris missio*, 37). La Iglesia desea apoyar a los profesionales de la comunicación, proponiéndoles principios positivos para asistirles en su trabajo, a la vez que fomenta un diálogo en el que todas las partes interesadas puedan participar.

La vida religiosa de mucha gente se enriquece mucho gracias a los medios de comunicación, que transmiten noticias e información de acontecimientos, ideas y personalidades del ámbito religioso, y sirven como vehículos para la evangelización y la catequesis.

A veces, los medios de comunicación también contribuyen de un modo extraordinario al enriquecimiento espiritual de las personas. Por ejemplo, es incontable en todo el mundo el número de personas que ven y, en cierto sentido, participan en importantes acontecimientos de la vida de la Iglesia televisados regularmente por satélite desde Roma. Y a lo largo de los años, los medios de comunicación han llevado las palabras y las imágenes de las visitas pastorales del Santo Padre a miles de millones de personas.

Después, el documento contiene algunas preocupaciones:

Los medios de comunicación también pueden usarse para bloquear a la comunidad y menoscabar el bien integral de las personas alienándolas, marginándolas o aislándolas; favoreciendo la hostilidad y el conflicto; criticando excesivamente a los demás y creando la mentalidad de «nosotros» contra «ellos»; presentando lo que es soez y degradante con un aspecto atractivo e ignorando o ridiculizando lo que eleva y ennoblece. Pueden difundir noticias falsas y desinformación, favoreciendo la trivialidad y la banalidad.

Entre las tentaciones de los medios de comunicación están el ignorar o marginar las ideas y las experiencias religiosas; tratar a la religión con incompreensión, quizá hasta con desprecio, como un objeto de curiosidad que no merece una atención seria.

Por su parte, la religión puede tener tentaciones como formarse un juicio exclusivamente crítico y negativo de los medios de comunicación; no comprender que los criterios razonables de un buen uso de los medios de comunicación, como son la objetividad y la imparcialidad, pueden excluir un trato especial para los intereses institucionales de la religión; podemos también presentar los mensajes religiosos con un estilo emotivo y manipulado, como si fueran productos que compiten en el mercado.

El documento cita algunos principios éticos importantes:

1. La comunicación debe ser siempre veraz, puesto que la verdad es esencial a la libertad individual y a la comunión auténtica entre las personas.

2. El segundo principio es complementario del primero: el bien de las personas no puede realizarse independientemente del bien común de las comunidades a las que pertenecen. Este bien común debería entenderse de modo íntegro, como la suma total de nobles propósitos compartidos, en cuya búsqueda se comprometen todos los miembros de la comunidad, y para cuyo servicio existe la misma comunidad.

3. Hay que estar siempre a favor de la libertad de expresión, porque «cuantas veces los hombres, según su natural inclinación, intercambian sus conocimientos o manifiestan sus opiniones, están usando de un derecho que les es propio, y a la vez ejerciendo una función social» (*Communio et progressio*, 45: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 6 de junio de 1971, p. 5). Sin embargo, considerada desde una perspectiva ética, esta presunción no es una norma absoluta e irrevocable. Se dan casos obvios en los que no existe ningún derecho a comunicar, por ejemplo, el de la difamación y la calumnia, el de los mensajes que pretenden fomentar el odio y el conflicto entre las personas y los grupos, la obscenidad y la pornografía, y las descripciones morbosas de la violencia. Es evidente también que la libre expresión debería atenerse siempre a principios como la verdad, la honradez y el respeto a la vida privada.

Aun en el mejor de los casos, la comunicación humana tiene serias limitaciones; pero en el mundo de los medios de comunicación, las dificultades inherentes a ella a menudo son acrecentadas por la ideología, por el afán de lucro y control político, por rivalidades y conflictos entre grupos, y por otros males sociales. Hasta aquí algunos extractos del Documento del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales.

En el discurso que pronuncié en la sede de la UNESCO en París, con ocasión de la entrega del premio UCIP a la revista Arquidiocesana «Palabra Nueva», citaba estas palabras del Santo Padre en su homilía de Santiago de Cuba: «*el bien de una nación debe ser fomentado y procurado por los propios ciudadanos a través de medios pacíficos y graduales*».

«*De este modo, cada persona, gozando de libertad de expresión, capacidad de iniciativa y de propuesta en el seno de la sociedad civil... podrá colaborar eficazmente en la búsqueda del bien común.*»

Añadía después en mi discurso estas palabras: «Como siempre, Juan Pablo II establece una correlación entre derechos y deberes. Enuncia el derecho de cada hombre o mujer a la expresión libre del pensamiento, pero establece como horizonte definido para la opinión derivada del ejercicio de ese derecho, el bien común de la sociedad, que da la orientación ética general a la actuación de quien se expresa». Un comunicador católico tendrá, además, en cuenta el bien total de la Iglesia.

Permítanme dirigirme de modo particular a los comunicadores católicos de esta Arquidiócesis, con las mismas palabras que empleé en París en la ocasión ya mencionada: queridos hermanos y hermanas, prosigan su quehacer como depositarios de un mandato de su Arzobispo y de su Dios y Señor, hagan labor de evangelizadores, sean consecuentes con sus ideales y, sobre todo, con su fe, no busquen siempre agradar, no consientan nunca a la tentación de ofender, permanezcan en la verdad, la verdad los hará libres y sientan, como perenne desafío en sus corazones, el llamado a armonizar, según el modelo del Siervo de Dios Félix Varela, la fidelidad a Dios y a la Patria.

En esta fiesta de la Ascensión del Señor, Jubileo de los Comunicadores, deseo hacer llegar especialmente a los comunicadores católicos los deseos del Santo Padre: «que Dios bendiga abundantemente a todos aquellos que honran y proclaman a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, en el vasto mundo de los medios de comunicación»; pero deseo también a todos los comunicadores católicos, de cualquier religión o no creyentes que el Evangelio de Jesús les sirva de inspiración para estructurar y fortalecer el sentido ético de su misión, que exige tanta responsabilidad. Pido a Dios bendiga sus trabajos para que puedan hacer mucho bien a la humanidad por medio de él.

En esta fiesta de la Ascensión del Señor creo que la palabra de aquellos misteriosos testigos debe resonar también hoy en nuestros oídos: ¿qué hacen ahí plantados?, sea mirando al cielo o como simples observadores de los acontecimientos. Nuestro deber está muy anclado en esta tierra de los hombres y nuestra tarea es muy grande. Que Dios nos ayude a todos.